

CINTIO VITIER: LA MIRADA POETICA

POR

RAUL HERNANDEZ NOVAS

Casa de las Américas

La trayectoria literaria de Cintio Vitier (1921), iniciada en 1938 con su libro *Poemas (1937-1938)* —escogidos por Juan Ramón Jiménez y precedidos por un juicio suyo en facsímil—, es una de las más importantes y decisivas para la historia de la poesía cubana —y de las reflexiones sobre ella— en nuestro siglo. Junto a la vocación poética de Vitier corre paralela un ansia voraz por desentrañar las esencias de nuestra poesía y de nuestra cultura. Uno de los caracteres más sobresalientes de su obra es ese fervor por penetrar en lo que se sitúa frente a él como realidad —espiritual o material— que necesita las preguntas del hombre. Define a su espíritu una inquietud constante, que parece responder positivamente a la *ingravidéz* («ser en vilo, erguido»¹) que él mismo ha situado como componente de nuestro ser. Si en Eliseo Diego constatamos la presencia de un espíritu que sufre el carácter pesante del mundo material y el lento paso implacable del tiempo, en Vitier existe la nerviosa inquietud del colibrí y de nuestros aires nativos, algo que José Lezama Lima definió como *ángel de la jiribilla*². Pero esta inquietud no puede confundirse con un constante cambiar de perspectivas, culpable de ligereza: muy al contrario, se funda en sólidos motivos de conducta, desde los cuales se mueven en círculos concéntricos o más bien en espirales que van descubriendo, en la mayor amplitud de cada giro, un horizonte más vasto. Pronto Vitier supera el demasiado evidente influjo juanramoniano de sus primeros versos, sin que el ejemplo del maestro español deje de operar en lo profundo de su obra. Otras dos

¹ Cintio Vitier: *Lo cubano en la poesía* (La Habana: Instituto del Libro, 1970, 2.^a ed.), p. 574.

² José Lezama Lima: «Preludio a las eras imaginarias», en *La cantidad hechizada* (La Habana: UNEAC, Contemporáneos, 1970), pp. 51-3.

experiencias poéticas (tan disímiles, tan fundamentales ambas para la poesía de nuestra América) van a sumarse a su espíritu. En 1941 aparece *Enemigo rumor*, de José Lezama Lima. Por la misma época, Vitier conoce la poesía de César Vallejo, en la *Antología* realizada por Xavier Abril. Si el verbo de Lezama abre a sus ojos la posibilidad de una aventura poética donde la palabra alcanza una densidad, una riqueza nunca antes vista en nuestra poesía, la enseñanza de Vallejo, más que estética, será estética y moral. Es la enseñanza de quien, llegado el momento, puede renunciar a todo lujo verbal para dar descarnadamente aquello que el joven Vitier estaba buscando: la desnudez del ser humano, la indefensión que subsiste bajo todos los ropajes. El propio autor me ha contado cómo al leer en la antología de Abril ese texto perdurable que es «Voy a hablar de la esperanza», su sentimiento fue de desgarradora vergüenza de ser un *escritor*, amenazado por el peligro de los malabarismos verbales, ante palabras tan cargadas de realidad sufriente. Si la palabra de Lezama fundaba la legitimidad de la aventura poética en un país «frustrado en lo esencial político»³, la de Vallejo le decía definitivamente que ese fundamento era de índole ética, de compromiso con lo humano. No es que su generación —la de la revista *Orígenes* (1944-1956)— fuera una generación *política* en el sentido práctico de la palabra⁴. Pero el peso de la historia (la reciente lucha española contra una barbarie cuyo grito de guerra era «¡Muera la inteligencia!», las tradiciones patrióticas de nuestro siglo XIX, traicionadas por las farsas políticas en que Cuba se sumerge desde 1902) determinará una fundamental eticidad en el quehacer literario de este grupo, atento al reclamo lezamiano de una abolición del dualismo arte-vida.

Esa vergüenza que siente el joven Vitier ante tan desnuda expresión del sufrimiento humano («Yo no sufro este dolor como César Vallejo...»), ya muestra en él una receptividad hacia los reclamos éticos, en la que puede percibirse la huella de su padre, el relevante educador, ensayista y estudioso martiano Medardo Vitier (1888-1960). El desgarrado tono de sus primeros libros poéticos, a partir de *Sedienta cita* (1943), es precisamente el de ese espíritu en vilo que busca aquí y allá un arraigo, un modo de aferrarse a alguna piedra fundacional en medio de la prevaleciente falta

³ José Lezama Lima: «Señales», en *Orígenes* (La Habana, núm. 21, 1949). Recogido en *Imagen y posibilidad* (La Habana: Letras Cubanas, 1981), p. 196.

⁴ «Hay que pensar, además, que nosotros pertenecíamos a una generación muy escéptica en el plano político. [...] Pertenecíamos a la generación de poetas surgidos después del fracaso de la Revolución de 1930 contra la tiranía de Machado. [...] No teníamos esperanza en la política, y entonces establecimos una especie de reductos de resistencia, dentro de la creación poética.» Cf. «Cintio Vitier: hacia nuevos horizontes» [entrevista], en *América Latina*, Moscú, núm. 4, 1987, p. 67.

de sustantividad que caracterizó, en las esferas de la política y la cultura oficiales, a la realidad cubana de su momento. Del otro lado de la frontera entre los dos siglos se alzaba la pugna tradición independentista cubana (su abuelo materno fue general de esta lucha patriótica), con la cumbre dominante del pensamiento y la acción de José Martí. La vocación poética de Vitier, los temas del imposible, la nostalgia y la memoria tienen vinculaciones secretas con la experiencia de un vacío que el carnaval político apenas podía disfrazar:

...Y en aquel tiempo de pequeñas diversiones (visitantes con escasas máscaras), una angustia de historicidad se apoderaba de nosotros.

¿Estaríamos vivos o muertos? —preguntábamos a la calma sangrienta del domingo y a la inmensa estupidez de indescifrable máscara.

Y nuestra amena vocación era política. Nuestra irreprímible voluntad era de santos. Y nuestra dulce vocación era tan agria. ¡Oh, belleza!

¿Cómo salvar a un país que no se hunde? Pero era indispensable que cada uno de nosotros se asomara a su ventana, y a las contemplaciones que subían como flores de vigor sublime, porque todos habríamos de ser indígenas de una tierra de callados príncipes (tierra donde nadie vive) ¡y todos amábamos la sombra clara y grande (no se sabe hasta qué sueños) del Jinete! ⁵

Si la patria era una «isla de corcho» a la deriva, sin sólidos fundamentos morales, sin cimientos donde construir, ¿cómo rescatarla? Hacía falta tocar el fondo de una crisis definitiva, pero en los años en que *Orígenes* desarrolla su evolución ese fondo sólido donde lanzar anclas no se vislumbraba todavía. Había que entregarse a una tarea de creación que, al menos en el campo de la escritura, aportase algún cimiento. No una creación que fuese el éxtasis contemplativo de los maestros de la poesía dura, sino ansioso intento de penetrar hasta las esencias. Había que dejar «la perfección que muere de rodillas» ⁶, el narcisismo contemplativo de la poesía pura, cuyo riesgo mayor era el de ahogarse en su propio espejo. Pienso que no sólo una época de desengaño político puede explicar el espíritu de *Orígenes*, pues la literatura responde a la realidad a través de su propia mecánica interna. Aunque las sollicitaciones políticas hubiesen sido más fuertes, *Orígenes* no podía repetir, sin anclarse en el gesto epigonal, lo ya realizado magistralmente por las corrientes de la poesía social y de la poesía pura, que ocuparon a la generación anterior. La *angustia de histo-*

⁵ C. V.: «Noche intacta. Hojas», en *Visperas, 1938-1953* (La Habana: Orígenes, 1953), pp. 133-34. Pertenece al libro *Capricho y homenaje* (La Habana: Ucar, García y Cía., 1947).

⁶ José Lezama Lima: «Muerte de Narciso», en *Poesía completa* (La Habana: Instituto del Libro, 1970), p. 11. Este poema, publicado en folleto en 1937, puede considerarse todo un manifiesto de una nueva actitud poética.

ricidad se manifestará, en Vitier, de un modo diverso, no sólo a través de sus enunciados explícitos —que son contados—, sino en sus mismos temas fundamentales: lo imposible, la memoria como paraíso, las vísperas.

Vísperas, precisamente, es el título bajo el cual reúne en 1953 su obra poética: sorprendente suma, en calidad y dimensión (es un volumen de más de trescientas páginas), de un poeta de treinta y dos años. La evolución de este mundo poético se nos manifiesta aquí como una curva que, partiendo de la sencillez juanramoniana de sus primeras expresiones, se zambulle en las más caóticas profundidades para salir de nuevo a la claridad con la ganancia de una voz poética forjada. A medida que se acerca a su fin, este libro se vuelve más despojado y medular, en la dirección señalada por las huellas del espíritu vallejiano. Las «Palabras del hijo pródigo» que le sirven de colofón delatan una reconciliación con las cosas y las gentes, una vuelta a las realidades originales. El libro aparece en un momento crucial de la vida del autor y de la realidad nacional. En el año del centenario de Martí el país tocaba ya el fondo de su crisis. La crisis espiritual de Vitier desemboca en un acendramiento de su espíritu religioso, en una conversión explícita y en una vuelta a la sencillez esencial, de los cuales será testimonio su libro *Canto llano*, escrito entre 1953 y 1955 y publicado en 1956. No puede darse vuelco mayor en el estilo de un poeta. Se trata de un poemario compuesto casi todo por sencillas coplas de sabor popular, el único ejemplo —junto al poema «Las miradas perdidas» en el libro homónimo (1954) de Fina García Marruz— de asimilación *directa*, por un poeta cubano, del estilo de los *Versos sencillos*, de Martí: «Para el final de las bodas / guardas el vino mejor: / llévenlo al maestresala, / que será buen catador»⁷. En esta asimilación de la palabra martiana asoma con más fuerza el carácter *testimonial* de la poesía de Vitier, al huir de toda complicación barroca, de toda proliferación ornamental que desdibuje la línea de su canto llano. Atraviesa este libro el «horror de la literatura» de que habló Rubén, más aquella *angustia de historicidad* y un ferviente deseo de encarnar prácticamente en las realidades materiales: «pobre destino de escribir / en sustitución del obrar!»⁸

Esta misma ansiedad, espoleada por los efectos de la crisis, va a dictar una de sus obras más decisivas y perdurables. No se trata de un poemario, sino de un ciclo de conferencias sobre poesía cubana, impartidas en 1957 y recogidas en volumen al año siguiente, bajo el título de *Lo cubano en la poesía*. Es difícil detallar lo que le debe a este libro todo estudioso de

⁷ Cintio Vitier: *Testimonios, 1953-1958* (La Habana: UNEAC, Contemporáneos, 1968), p. 57. Contiene el libro *Canto llano* [La Habana, Orígenes, 1956], pp. 9-63.

⁸ *Ibid.*, p. 40.

la poesía cubana y todo poeta cubano. Es la obra más relevante que se ha escrito sobre nuestra poesía y su presencia ha devenido imprescindible. Nuestra tradición poética no puede ser estudiada, asimilada, como si este libro no existiera. No se trata sólo de una obra de hondo rigor, sin sombra de escolasticismo académico, sino, sobre todo, de un acto de amor hacia nuestra poesía y nuestras esencias nacionales. Puede concordarse o no con sus criterios acerca de *lo cubano*, que son como la armazón o esqueleto conceptual del libro. El propio autor, ya a la luz de la Revolución, ha modificado muchos de los conceptos expuestos en estos ensayos, en los que parece imponerse ciertos límites previos donde a veces no cabe toda la riqueza de la poesía nacional: de ahí que Martí tenga que ser analizado desde la triple perspectiva de lo hispánico, lo americano y lo cubano en particular, mientras que la reciedumbre de cepa española de Gertrudis Gómez de Avellaneda y el rumor ancestral de lo africano en Nicolás Guillén no parecen rendirse a los asedios de Vitier. Pero la profundidad que alcanza en el análisis de nuestros poetas —descubrimientos definitivos— admite modificación o caducidad en ciertos planteos sin que se afecte, en su equilibrio y solidez, el cuerpo de la obra. Vitier analiza el espíritu de lo cubano poético en su devenir histórico, y algo hay de hegeliano en el planteamiento de una esencia que va desenvolviéndose a través del tiempo para conformar los caracteres que nos definen como nacionalidad. La huella de un momento crítico se percibe, sobre todo, en las páginas finales, cuando al hablar de la extraña ley de gravitación cubana formulada por el presidente norteamericano John Quincy Adams, advierte que, sin embargo, «la fruta no cae en las manos yanquis, sino que se deshace y evapora en la brisa como un perfume inapresable»⁹.

El triunfo de la Revolución significó para Vitier y para el resto del grupo de *Orígenes* una nueva confianza en las posibilidades de realización política de la nación: «El 1 de enero de 1959 nos demostró que no teníamos razón en no haber tenido esa esperanza [en la política]. Y nos demostró, por otra parte, que teníamos apetencia de la realización política en el país que expresábamos, a nuestro modo, en nuestros trabajos»¹⁰. Sin embargo, sólo a través de un proceso de contradicciones íntimas el cristiano Vitier podrá descubrir un puente entre su religiosidad y su concordancia con las medidas de justicia social de una revolución marxista-leninista: su poesía *testimonia*, con ejemplar sinceridad, los pasos de este proceso que va a llevarlo, al cabo, a asumir la nueva perspectiva histórica sin abandonar su fe y sin ulteriores conflictos internos. Y esta actitud ha resultado paradig-

⁹ C. V.: *Lo cubano en la poesía*, ed. cit., p. 584.

¹⁰ «Cintio Vitier: hacia nuevos horizontes», *Ibid.*, pp. 67-8.

mática. Edmundo Desnoes, en su antología *Los dispositivos en la flor. Cuba: literatura desde la Revolución* (1981), dedica toda una sección, denominada «Contradicciones», a situar dos vertientes distintas de la poesía posrevolucionaria. Una contiene la paulatina separación de Heberto Padilla de la corriente revolucionaria; la otra, que ejemplifica una actitud antitética por su progresiva entrega sin reservas, está precisamente compuesta por poemas de Vitier¹¹. Mientras la visión de Padilla se hace cada vez más incomprensiva y egocéntrica, derivando al mismo tiempo hacia el panfleto (en este caso, antirrevolucionario), la de Vitier nos conmueve por la autenticidad y sinceridad con que ha expresado su gradual toma de conciencia, con la humildad de quien sabe rendirse a las evidencias y entregarse, naturalmente, a los humildes. En un caso, desarraigo, fuerza centrífuga; en el otro, arraigo moral, actitud centrípeta en la relación con la realidad: es lo que se desprende de esta especie de montaje paralelo realizado por el antólogo, en quien no podemos sospechar parcialidad hacia el caso de Vitier.

Los poemas hablan solos. Los de Vitier terminan por ser una jubilosa comunión con la nueva visión del hombre. (La radicalización del movimiento cristiano latinoamericano tuvo que ver mucho en ello, y es una de las mayores influencias en su pensamiento y en su actitud vital.) Desde luego, cuando hablo de autenticidad y sinceridad en estos poemas, doy por supuesto que no me refiero a cualidades extraestéticas, sino a la capacidad conmovedora y convincente de este lenguaje poético para expresar con intensidad y belleza una vivencia profunda. Esos poemas, más los demás escritos entre 1953 y 1968 —otros quince años de creación—, están recogidos bajo el elocuente y lógico título de *Testimonios* (1968). En ellos se llega a una conmovedora desnudez, a un lenguaje lúcido y pobre de ornamentos, a una poesía conceptual de singular austeridad, que va testimoniando los instantes de dolor o claridad (muchos de los poemas están fechados) en este decisivo proceso anímico del autor. A veces el poeta se siente en el centro doloroso de las contradicciones, tironeando por ambos lados: «¿Creéis que se puede estar en el centro de la cruz / (no como Cristo, sino como el madero que lo crucifica) / y no participar en las razones y las llagas / de los dos irreconciliables enemigos / [...] y no padecer la vergüenza / de ver la razón de uno y la razón del otro / mezcladas con los errores de los dos, / profanadas por las culpas de los dos?»¹² Más tarde dirá, con desarmante sencillez: «Los que piensan en el prójimo / y

¹¹ Edmundo Desnoes: *Los dispositivos en la flor. Cuba: literatura desde la Revolución* (Hannover: Ediciones del Norte, 1981), pp. 473-500. El título está precisamente sacado de un poema de Vitier.

¹² C. V.: «La balanza y la cruz», en *Testimonios*, ed. cit., p. 145.

lo ayudan y trabajan para él / son tus discípulos: / no importa que lo ignoren. / También los que te conocían / te dejaron solo»¹³.

El vuelco que experimenta la poesía de Vitier es esencial para el actual mundo poético de su patria. No hay en su compromiso nada de apriorístico: es siempre el fruto de una mirada crítica hacia la realidad y hacia sí mismo. Su poesía brota de un profundo examen de conciencia. Toda ella tiene fundamento en el examen crítico, en la penetración lúcida en las esencias, del mismo modo que su crítica y su ensayística tienen raíz amorosa y poética. Vitier es un crítico cuyo fundamento es la poesía, y un poeta que mira la realidad con ojos críticos. Su *razón* lo hace cantar, su emoción lo lleva a *examinar* con profundo amor. *Música y razón*. De ahí que los temas filosóficos sean reiterada y explícitamente encarnados en su obra (subrayo por su importancia el poema «El hombre del arco», contenido en *Testimonios*), lo que no sucede con otros poetas de su generación. Su poesía, que podríamos llamar *política* (en el sentido más amplio), no obedece a ninguno de los esquemas que, por desgracia, proliferan hasta hacer de este género blanco de miradas cautelosas. No hay en ella nada de panfletario, de *cantos a*, de apologías complacientes: es la propia realidad que pasa por el tamiz de la conciencia íntima del poeta, quien *la* examina y *se* examina, y se vierte en el poema como persona lírica sujeta a transformación, transformada por la realidad que palpa. Así, en su poema «Clodomira»: «De pronto sentí la clase, / lo que nunca quise admitir, la tara, / delante de aquel campesino / que hablaba bien, como se debe, / con palabras iguales a matojos o pedruscos, / de la muchacha alzada de la Sierra / que mataron a golpes: Clodomira». El sujeto lírico siente la distancia que lo separa del hombre de pueblo, de su verbo y sus vivencias, pero el *sentirlo* ya equivale a subir el primer escalón en busca de ese hombre verdadero: «Haber nacido tan distintos, / sin pies descalzos por las breñas ni mañana dura, / habrá que remediarlo de algún modo»¹⁴.

¿Qué nos ha dejado Cintio Vitier?, ¿cuáles son las enseñanzas de su obra (la que no podemos, por supuesto, abarcar aquí en su compleja vastedad, que incluye más de diez libros de crítica y ensayo, tres antologías fundamentales y tres novelas, género en el que recientemente ha incurrido con aplauso de la crítica)?, ¿cuáles son sus acarreos definitivos a nuestra cultura? Es difícil pormenorizarlos... Una fundamental *eticidad*, tanto en la mirada crítica como en la labor poética. Una *lucidez* implacable para con aquello que mira y para consigo mismo. Una poesía que es crítica del entorno real, una crítica que brota del amoroso acercamiento poético.

¹³ C. V.: «Viernes Santo», *Ibid.*, p. 280.

¹⁴ C. V.: «Clodomira», *Ibid.*, p. 311.

Un sentido de la *función testimonial* de la poesía, atenta a los hermosos acordes tanto como a los ruidos ásperos de la realidad. Una forma hondamente martiana de plasmar su ser con auténtica e implacable *sinceridad*. Un sentido de la poesía como *examen* del mundo y de sí mismo: hondo examen de conciencia del que brota una visión del propio sujeto lírico en su devenir agónico, dialéctico. De otros poetas podrá decirse que aportaron, sobre todo, temas, formas, estilos. En Vitier no son tan decisivas sus aportaciones en estos campos como lo que se transparenta a través de ellos: su mayor contribución es el de su propio ser testimoniante, dibujado con implacable fidelidad a sí mismo y a las más hondas esencias de la patria. Sirvan estas últimas palabras, con la carga de temperatura emocional que irremediabilmente se desliza en ellas, a despecho de la frialdad del ojo crítico, para mover a más vastas exploraciones en este terreno fundacional.